

Los «nuevos» curas. Una reflexión personal

The «New» Priests. A Personal Reflection

LORENZO TRUJILLO

Diócesis de Ciudad Real
lorenzotd@planalfa.es

Fecha de recepción: 7/10 2021

Fecha de aceptación: 6/12/2021

<https://doi.org/10.52039/seminarios.v66vi229.891>

Adelanto lo que debería ser la conclusión o conclusiones de esta «nota» o meditación que ofrezco con el título de una novela posconciliar muy parcial y tendenciosa:

–Los estilos sacerdotales en la actualidad son muy variados y, además, en movimiento permanente.

–Las procedencias de las vocaciones son variadísimas, destacando los «grupos» cálidos no institucionales.

–Una característica en crecimiento es la tonalidad afectiva de la vocación.

–Una hipótesis posible, en la que me centro con el fin de otear un cambio más que generacional es la de la conversión afectiva como la base creciente que dará lugar a un nuevo estilo.

Por esa diversidad que no termina de dibujarse, en vez de describir estilos, intentaré explicar rasgos que asoman y que podrían cambiar los estilos o dar lugar a alguno nuevo. Al describirlos, no puedo decir con seguridad hasta qué punto esos rasgos son objetivos o más bien interpretaciones subjetivas o proyecciones personales. No se trata de un estudio o investigación, sino de una reflexión sobre observaciones limitadas.

PRIMER RASGO: INDIVIDUALISMO

Es, quizá, lo más llamativo, el punto de mayor coincidencia cuando contraste con otras opiniones. Un individualismo fuerte y creciente que desborda posibles modelos o estilos. Pero un individualismo relativo que busca el calor de los pequeños grupos espirituales no institucionales. Parece una contradicción, pero creo que más que contradicción es una compensación en el desequilibrio provocado por los cambios.

Quizá la raíz última del individualismo en sí, sea la ruptura de la familia y la estatalización de la vida. La pandemia sufrida ha podido acelerar este cambio social, tanto por la incomunicación familiar como por la ruptura de

la oficina común y el trabajo en casa, o, también en lo cristiano, con la “asistencia” a la misa televisada sin presencia física y en soledad, pero es bastante anterior a ella.

No obstante, si queremos asomarnos al fondo esta contradicción compensatoria, conviene echar una brevísima mirada a la historia íntima del sujeto humano. Hubo una era bajo el dominio del *intelectualismo*. En algunos momentos de la historia, sin perder las restantes dimensiones, ha sido la inteligencia, la reflexión, las preguntas por el ser las que han dado forma a la existencia y han orientado la voluntad, los sentimientos... Esta prioridad ha promocionado el lenguaje abstracto como atmósfera lingüística, lo cual ha beneficiado el intelectualismo y, hasta cierto punto, ha llegado a deshumanizarlo. El lenguaje no solamente es producto sino también causa. Los humanos estamos vinculados carnalmente, nos contagiamos todo, y la palabra es medio fundamental. Lo intelectual tiró de la voluntad y de la afectividad. Recordemos el nacimiento y desarrollo de la filosofía griega y su influjo posterior. Siglos más tarde, en la Alta Edad Media, ese intelectualismo renace y progresa con la universidad, con la profesionalización del profesor titulado, con el libro. Primero se pensaba, se aprendía; luego venían los afectos y las decisiones. Lo expresa escuetamente Descartes, quien rebaja el ser identificándolo con el pensamiento: «pienso (luego) existo». Pensar es ser, ser es pensar.

Pero cambia la época, se desgasta el ejercicio intelectual, y *emerge con mayor fuerza la voluntad*, el deseo y el ejercicio de la decisión: la Baja Edad Media con el escotismo y sus derivados, con los Ejercicios Espirituales de Ignacio de Loyola y la práctica sistemática del discernimiento, con el descubrimiento de América y el nacimiento del conquistador aventurero, con la revolución industrial y el empresario... Aclaremos que nunca se redujo al hombre a una potencia aislada de las restantes y sin influencia en ellas. El ser humano es una unidad, si bien sometida a tensiones y rupturas. El voluntarismo, subió tanto que llegó la época de los sentimientos para contrarrestar. Podríamos pensar en las oleadas románticas del siglo XIX. El amor romántico, interclasista, se tradujo y se expresó muy especialmente en la poesía, el lenguaje simbólico, dirigido al corazón. Pero como todo lo basado en los sentimientos, eran golpes transitorios que nacían, morían, volvían a nacer.

Crisis del alma, crisis del corazón. A mitad del siglo XX, las dos guerras mundiales, ponen en crisis muy profunda tanto el predominio de la inteligencia, como la potencia de la voluntad, como el ungüento de los sentimien-

tos, o sea, el sujeto mismo. Resurge la economía, el capitalismo se modera algo, aparecen las socialdemocracias o asimilados, pero el hombre que ha visto los efectos de las nuevas armas, los hornos crematorios, la explosión atómica, es un herido que difícilmente se integra en la convivencia y en cultura social. Lo que se conoce como revolución de la juventud o de la sexualidad y se data en 1968, muestra el vacío y el hundimiento. Amor libre, trabajo al margen de la economía, vida fuera de la ciudad moderna. En la ciudad, divorcios, emparejamientos, bajísima natalidad... Casi ha desaparecido el sujeto (Michel Foucault). El sujeto es la raíz; inteligencia, voluntad y sentimientos son ramas o sarmientos. Cuando las ramas o sarmientos se secan es preciso podarlos y recuperar la raíz.

El hombre se mira a sí mismo intentando descubrirse, palpar el vacío. Este paso, en un primer momento y sin entrar aún en explicaciones, podría ser el predominio del sentir que sustituye al intelectualismo, al voluntarismo y a las explosiones sentimentales pasajeras: «Siento, luego existo, me siento». Aparece el psicoanálisis, la figura del psiquiatra, del psicólogo, las terapias. Aumenta la frecuencia con que, en conversaciones sacramentales o extrasacramentales, el sujeto silencia los hechos y se centra en su sentir: «Llevo una temporada en que me siento mal, en que no siento a Dios...». Como hemos adelantado, durante los confinamientos más duros de la pandemia, ha aumentado el número de los cristianos que «oyen misa» sin asistencia presencial. Se multiplicaron los párrocos que con la mejor intención transmitieron la eucaristía que celebraban. Se cambiaba la asamblea comunitaria, la presencia real del sujeto ante la presencia real del Señor, o sea la *ecclesia*, por la cómoda estancia en el domicilio y la asistencia virtual. Algunos dicen experimentar mejor de esa forma la piedad y la fe. Otro modo, y nada bueno, en que el sentir sustituye al ser. Un *yoísmo* nos envuelve y nos individualiza sin mirar a los demás: siento, me siento...

¿Y el sacerdocio? El sacerdocio como «carrera intelectual», o como compromiso temporal con el mundo, pasan a segundo término. Preguntémonos hasta qué punto hoy aparecen y desaparecen estas potencias en la formación y en el estilo, cómo en el fondo se inicia una búsqueda para llenar ese «vacío» de sujeto.

En relación con la vida del presbítero, además de la ausencia de presencialidad, ha influido en el individualismo creciente el olvido de la naturaleza colegial o presbiteral del sacerdocio. La iglesia particular recuperada por el Concilio no ha llegado a fraguar; seguimos en la diócesis o provincia

eclesiástica; el obispo sigue siendo en la realidad un delegado del Papa o de las congregaciones pontificias. De momento se parece mucho a un fracaso. Quizá influyó la reacción neoclerical que, buscando escapar del secularismo y pastoralismo, primó el universalismo y la conexión directa con el Papa del momento. Sobre todo, ante la enorme personalidad de Juan Pablo II. El obispo quedó oscurecido y, posteriormente, la Curia volvió a apropiarse del nombramiento, traslados, auxiliares, etc. En una palabra, delegados del Vaticano más que auténticos obispos. ¿Cuántos sacerdotes se sienten hoy copresbíteros de una iglesia particular? A veces tengo la impresión de que se ha retrocedido al *clericus vagans* o cura vagante: me voy a otra diócesis porque este obispo no me comprende o no me valora...

Ese *yoísmo* facilita el influjo en el sacerdote de la mentalidad de funcionario público que convierte nobles vocaciones en trabajos con horarios semanales. Ha ocurrido especialmente con la medicina y con la enseñanza, si bien la primera ha recuperado toda su nobleza vocacional con la pandemia. Si el sacerdote no vive su sacerdocio sacramentalmente como copresbítero corre el riesgo de cumplir sus obligaciones sacramentales y luego «hacer su vida», privatizarse. Pero sabemos que el sacerdocio no es una profesión sino un unir la vida sacramentalmente con Jesucristo: «para que estuvieran con él». Siempre recuerdo la frase de Gregorio Marañón en su Carta a un médico que perdió la vocación: «no tiene vocación quien cumple sus obligaciones sino quien se inventa obligaciones para darse el gusto de cumplirlas». El sacerdocio es una entrega total de la vida a la misión a que el sujeto es llamado. Es un «hombre público», expropiado de sí mismo, para los demás; hasta su vida privada está consagrada a Dios. San José es la perfecta imagen, el célibe que acoge a su esposa virgen, en este caso la Iglesia. Pero si la onda vocacional se pierde, ¿qué sentido tiene el celibato? Se degrada a una ley y nada más; insoportable.

Direcciones del individualismo. Esta tendencia fuerte al individualismo puede fundarse en un egoísmo solipsista y dejar desarmado el sacerdocio totalmente. O sea, puede generar un tipo de cura funcionario mucho menos sacerdotal que en el pasado; soledad, sentimiento de carga. Es un gran peligro para la comunidad cristiana pues se evaporará la caridad pastoral, aunque aún es más destructivo para el sujeto que lo vive.

Pero no es la única posibilidad. El individualismo podría abrir puerta a un sacerdocio renovado, atado al Señor con verdadera libertad personal. Puede desarrollar mucho más la conciencia de elección personal eliminando influjos sociales o del entorno, huidas de la mundanidad, etc. La individua-

lización, en este caso, no generaría individualismo funcionarial sino mayor personalización. El desarrollo de la dimensión vocacional puede ser mucho más hondo, menos diluido en la masa.

SEGUNDO RASGO: CANSANCIO

En los sacerdotes actuales, no solo jóvenes sino de todas las edades, hay una queja de cansancio pastoral, de agotamiento, de escepticismo en cuanto al fruto de tanto trabajo, todo lo cual produce en ocasiones falta de creatividad pastoral, rutina. Esto sí es nuevo, peligroso y bastante generalizado. ¿Qué puede causar este sentimiento de cansancio y qué consecuencias puede tener en la figura sacerdotal? ¿Y qué influjos puede tener en el desarrollo de nuevos estilos sacerdotales?

—*El exceso pastoralista* de un periodo anterior puede producir la sensación de fracaso ante los pobres resultados de tanta actividad... o activismo. El ritmo planificación-acción invadió la vida sacerdotal. En reuniones de los consejos y de zonas pastorales se tiene a veces la impresión de que las “nuevas” propuestas ya han sido ensayadas más de una vez: «siempre lo mismo», se suele decir. De los actos litúrgicos y poco más, se pasó en poco tiempo a la multiplicación de «pastorales» con sus consiguientes delegaciones: niños, jóvenes, adultos, presacramentales, compromiso social... Un año y otro y otro... Con resultados insatisfactorios en muchos casos. La rutina empieza a invadir estas actividades.

—*Incomodidad*. Otra fuente de cansancio importante creo que ha sido la sensación de ofrecer los sacramentos a personas que no tienen verdadera fe. En los últimos años, la diferencia entre creyentes y no creyentes se ha difuminado mucho. No es lo peor el descenso acusado de creyentes y practicantes; mucho más duro para el ministro es seguir dando sacramentos a quienes se han ido retirando de la Iglesia y de la fe en Jesucristo. Buen número de padres que solicitan el bautismo de los hijos no están casados, ni siquiera civilmente; eligen muchas veces padrinos muy ancianos que no podrán acompañar a sus hijos; la celebración del matrimonio exige hacerles muy conscientes de lo que supone celebrarlo en la eucaristía y comulgar en ella. Confirmaciones y primeras comuniones se dan con dignidad si ha habido verdadera catequesis (no dando nada por supuesto) y si se ha concienciado del carácter secundario de la fiesta, pero esto no es lo normal. De ahí un descontento, una decepción personal que se traduce en cansancio interior, en pesada obligación.

—También las unidades pastorales, necesarias en este momento, traen consigo problemas. Por un lado, el individualismo, si no se corrige —y no se corregirá fácilmente—, impide la creación de verdaderos equipos pastorales, con lo que queda un reparto de muchas parroquias para cada uno en soledad. Ese estar permanentemente en la carretera, de no parar en las parroquias, de ir siempre de paso, termina cansando e impide un contacto personal continuado con los fieles.

Es urgente y necesario buscar una verdadera novedad, no una o mil actividades más. El gozo es uno de los estímulos más fuerte contra el agotamiento.

Volver al primer anuncio: Tanto en los sacramentos como en la eucaristía dominical habría que sustituir el estilo catequético o moralista por el anuncio, el primer anuncio. Necesaria la presencia del Espíritu Santo y el entusiasmo consiguiente. Menos moralismo, más corta la predicación, pero llena de entusiasmo. Tendrán defectos sin duda, pero el momento nos muestra el impacto de nuevos movimientos o métodos que tienen cierta analogía con los Cursillos de Cristiandad: llamada al corazón, adoración, sentimientos evangelizados... Pero, ¿está capacitado de verdad el sacerdote actual para hacerse vocero del primer anuncio, para conmover hasta hacer saltar lágrimas? Eso supone ser de verdad un misionero. Y nos lleva a otro tema que se cruza y nos puede abrir algo más a la comprensión del “nuevo cura”.

El primer anuncio supone que la cristiandad ha muerto o está en trance de desaparecer. Y ello nos llevará a pensar sobre la mutua configuración entre sacerdote y parroquia. Teológicamente, la parroquia no es herencia apostólica como lo es la iglesia particular; es la unidad pastoral propia del barrio cristianizado, de la cristiandad. Su misión ha sido atender espiritual y sacramentalmente a los fieles. Ha configurado al sacerdote como «párroco», el que cuida y conduce a los cristianos. No lo sabemos; variará según lugares, población, grado de evangelización, etc. Pero en general es muy posible que la parroquia de San X termine siendo la Misión de San X, y no como mero cambio de palabras. Creo que no habrá más remedio que plantear ese «ir de paso», de pueblo en pueblo, como rutas misioneras que por medio de equipos de sacerdotes y de laicos roten, evangelicen y no se limiten a celebrar de cuando en cuando la eucaristía. Una puerta a la creatividad. La tipología del sacerdote entonces no la determinaría el lugar de su ejercicio pastoral (párroco, consiliario, capellán...) sino la conversión de corazón y el equipo misionero.

En una palabra: el cansancio es futo del trabajo y se supera descansando; el agotamiento, sin embargo, es producido por la rutina, por la falta de

creatividad y de alegría. A falta de esto, el sacerdote actual está «muriendo» al par que la cristiandad. Creo que los estilos que apuntan hoy en día buscan, sin quizá saberlo, la salida de esta prisión. Jesucristo no nos llama para «atender» a los «fieles», sino para la nueva evangelización, como si la Iglesia naciera de nuevo.

TERCER RASGO: DE LA RAZÓN AL COMPROMISO; DEL COMPROMISO AL SENTIMIENTO

Del voluntarismo a la afectividad. En lo que puedo observar es el rasgo más destacado y más complejo que aparece en sacerdotes jóvenes y que podría alterar los estilos actuales. He titulado el párrafo, «... del compromiso al sentimiento». Me temo que hay que corregirlo y en vez de sentimiento, poner «afectividad».

Precisemos el significado. Se suele definir la afectividad como «conjunto de sentimientos y emociones de una persona, o como inclinación a sentir afecto». Creo que no es exacto. La inteligencia, la voluntad, los sentimientos, son manifestaciones esenciales de un sujeto, pero no son su fuente, como la historia ha demostrado. La fuente donde se puede recuperar el sujeto deteriorado es lo que vamos a llamar «afectividad». Por tanto, no confundamos: la afectividad no es la suma de los sentimientos; es, como decimos, su fuente, y, además, la fuente de la inteligencia y la fuente de la voluntad. La Biblia le da el nombre de corazón. Se trata de lo más hondo del ser humano, de su apertura al amor. Capacidad de ser afectado y de afectar el fondo de la vida de otro. Cuando el hombre está centrado y la afectividad no está enterrada y clausurada, la inteligencia que de ella brota es la pregunta amorosa sobre el ser entendido como amor; y la voluntad, el deseo de ser amado y amar; y los sentimientos, los pequeños brotes del agua de la fuente a la superficie que invitan a escarbar y a encontrar. El ser humano es, radicalmente, afectividad. De modo que esa afectividad que constituye al sujeto es la que determina la dirección del razonamiento intelectual, de las decisiones volitivas, de la egolatría o apertura de los sentimientos. Por ejemplo, no es igual desarrollar la inteligencia teológica desde la afectividad, que desde el puro trabajo de la misma. Lo primero es lo que Balthasar llamaba teología de rodillas. Estudiar buscando comprender la llamada de su corazón. Entonces el estudio también se convierte en oración, en conversación con Dios. Y no es lo mismo lanzarse a la acción apostólica desde la afectividad profunda que desde metas, ideologías, etc.

Afectividad y sexualidad. Afectividad y sexualidad están íntimamente relacionadas, siempre que la sexualidad no se identifique con la genitalidad, es decir, con el mero ejercicio sexual. Esta última es el ejercicio físico de la sexualidad, pero su entraña está en una mutua atracción y búsqueda de relación personal entre varón y mujer. La sexualidad afecta a la hondura del ser humano hasta poder decir que el alma es sexuada. La afectividad humana es el fondo de la diferenciación y de la relación entre varón y mujer: a imagen de Dios los creó, varón y mujer los creó. Adán no fue humano de verdad, no fue real del todo sino cuando despertó del sueño que era su vida aislada y encontró a Eva. Entonces despertó como varón real. Eva no fue plenamente mujer hasta que nació del sueño de Adán y se separó de él. En la relación hombre-mujer se realiza humanamente la «relacionalidad» en que consiste la persona humana a imagen de la Trinidad divina. De ella se derivan todas las relaciones posibles. Una virilidad centrada en la mujer como objeto de dominio, no es virilidad sino machismo. Pero, ¡atención!, no hay «machismo» sin «hembrismo», y no es posible el «hembrismo» sin «machismo». O sea, cuando la relación se degrada no se degrada por un solo lado. Por cierto, llamo «hembrismo» a la actitud femenina que prioriza el carácter de hembra sobre el de persona-mujer, para atraer al macho destacando sus caracteres sexuales secundarios. El hembrismo es producto del machismo, pero también es causa del mismo. Y volvemos a lo mismo: el sexo es relación afectiva para bien o para mal.

Vocaciones «sentimentales». Nos vamos acercando por fin a mirar a una fuente de los posibles nuevos curas. Es muy frecuente que nos sorprenda el número de seminaristas actuales con una vocación aparentemente muy marcada por la afectividad; aunque puede ser que se trate solamente de sentimentalismo más que de auténtica afectividad. La generación predominante en los decenios anteriores creo que era especialmente volitiva: «hacer el bien», «luchar por la dignidad del hombre», «trabajar por un mundo mejor, con menos desigualdades». Trabajar. Pocas homilias de esos decenios han hecho brotar lágrimas de los ojos del sacerdote y de los fieles. Desembocaban en el deber hacer, en la moral. De alguna manera respondían al título conocido entonces «creer es comprometerse» (J. M.^a González Ruiz). Ahora, al caer el voluntarismo, han caído las vocaciones «volitivas». Casi no hay.

Empieza a llegar otro tipo de seminarista, aunque no se puede generalizar en este momento. Algunos proceden de cofradías y son muy sensibles a las devociones a pasos o imágenes de la Semana Santa; les gusta preparar

procesiones y «procesionar» como cofrades. Otros vienen de movimientos de conversión, movimientos de choque mediante una presentación ardiente de Jesucristo, y también cultivan con especial interés la adoración emocional del Santísimo, la oración y el testimonio personal. No pocos participan (sin pertenecer) en grupos de peregrinación a Fátima y a otros lugares marcados por una devoción muy afectiva, llegando a introducir en su oración común temas de apariciones y mensajes a personajes actuales. Y algunos celebran la liturgia eucarística preconciiliar rechazando la celebración porque, a su juicio, impide la entrega personal del corazón, de los sentimientos.

¿Esto es positivo? ¿Generará un modo distinto de vivir el sacerdocio? ¿Es en el fondo un neoclericalismo espiritualista, poco viril y peligroso? La reacción primera de los «viejos» curas secularistas suele ser muy crítica, de desprecio: beatos sin fuste, espiritualistas sin compromiso, sentimentales... Yo, viejo secularista poco dado a devociones, juzgo hoy insuficiente esa mi posición de antaño. Primero, porque en parte me inculpo de estos excesos que quieren compensar nuestra pobreza afectiva; expreso el cambio con un chiste de Quino: un anciano y elegante señor bonaerense con chaqueta y sombrero se cruza con un joven melenudo, orejas anilladas, camisa abierta y vieja. El señor mira al joven y exclama: «Esto es el acabose...» Mafalda está sentada en el suelo y añade: «No, es el continuose del empezose en ustedes». Los excesos clericales ¿no tienen algo que ver con los anteriores excesos secularistas? ¿No producen reacciones contrarias a la propia postura quienes exageran esta postura hasta vaciarla de su valor? ¿No tienen algo que ver con las revoluciones los asentados en la injusticia anteriores a ellas? Esto ya nos debería impedir hacer juicios con rapidez, pero hay más.

Hay un momento en el Evangelio de san Juan (cap.21) en el que, tras haber pasado la noche faenando sin pescar nada, el Señor desde la orilla invita a los discípulos a echar la red hacia la otra orilla. El que escribe tiene la intuición de que la orilla judía (Cisjordania), ya no daba más conversos mientras que la orilla pagana (Transjordania) llenaba las redes sin romper los vínculos de unión.

¿No estará el Señor sugiriéndonos lo mismo hoy? Las vocaciones hoy emergen desde la conversión del corazón, sede de la afectividad. Esa podría ser «la otra orilla». Luego habrá que purificar eso de añadidos sentimentales, de devociones sin fuste. ¿No tuvo que ir al desierto Pablo tres años para ahondar su vocación y eliminar motivaciones secundarias que a la larga podrían deteriorarla?

Sanar la virilidad. Hemos apuntado la cercanía que existe entre la afectividad y la relación varón-mujer. Por este motivo, creo que las posibles deformaciones o falsificaciones que pueden latir en una aparente o deficiente conversión del corazón, conversión de la afectividad profunda, exigen una maduración sexual y una definición sin ambigüedades de, en nuestro caso, la virilidad.

Dada la «persecución» actual a la virilidad, lo primero a examinar y corregir es la alegría de ser varón, la aceptación agradecida al Señor de lo que uno es, de su base personal concedida. ¿No se puede entender el machismo muchas veces como un modo de rechazo de la virilidad o como una opción de aparentarla con exageración porque en el fondo es pobre? Puede que por el contexto de su vida infantil queden maneras ambiguas, pero eso no es homosexualidad. Algo que se debe esquivar o superar son las conductas ego-céntricas. En la actualidad el estímulo que supone el uso de internet es algo a vigilar. Con la sexualidad no se juega.

El «ver» a la mujer como Adán al despertar es clave para ese desarrollo; para eso es preciso promover la amistad con varones, pero también con mujeres; intimar en sus sentimientos, sentirse querido como varón. En la inseguridad de la preadolescencia, muy estimulada hoy por la propaganda de los medios y de enseñanza oficial, no se termina de despertar del sueño y puede soñarse eternamente lo que uno no es en un narcisismo que conduce a querer ser lo que no se es (trans).

Sexualidad y narcisismo. Narciso se mira admirado en el espejo de las aguas y deja de ver el entorno real. El narcisista, en realidad, se sueña a sí mismo y confunde este sueño con su verdad. Si la sexualidad es racionalidad resulta lógico que el narcisismo afecte a la relación sexual y la falsifique. La sexualidad, como la droga o el juego o cualquier cosa que estimule fuertemente el placer produce un deseo de repetirlo, Más aún, de repetirlo con mayor frecuencia e intensidad: mientras la sensación crece en proporción aritmética, el estímulo ha de crecer en proporción geométrica (ley Weber-Fechner).

Es posible -aunque no tengo prueba alguna ni especialista en quien apoyarme- que en «algunos» tipos de homosexualidad haya una dosis fuerte de narcisismo en el sentido de buscar al homólogo varón por no tener capacidad –o valor– para descubrir a la que es diferente.

Caer en la cuenta de todo esto con paz y sin desasosiego ayudará a romper el saco amniótico que cubre la placenta y nos impide «nacer». Y para un seguidor de Jesucristo, el consejo acompañado por su gracia puede te-

ner efectos sanantes: Mucha gente acompañaba a Jesús; él se volvió y les dijo: «*Si alguno viene a mí y no pospone a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, a sus hermanos y a sus hermanas, e incluso a sí mismo, no puede ser discípulo mío*». Para seguir al Señor tenemos que romper el espejo donde nos miramos permanentemente; de esa forma nuestra mirada (la fe) se centra en él y no lo confundimos con la proyección de nuestros deseos y nuestras necesidades.

UNA MERA HIPÓTESIS SOBRE EL FUTURO: EL CURA QUE PODRÍA VISLUMBRARSE HOY

Conforme veía esos rasgos que he intentado describir, me invadía la convicción de que el factor nuevo básico y creciente, lleno de posibilidades y al tiempo peligrosísimo, era la afectividad, introducida en la experiencia religiosa de los llamados al sacerdocio.

El posible y deseable efecto podría ser un cura fundamentalmente asentado en la experiencia de la conversión del corazón; converso procedente de otras religiones o converso desde una apostasía anterior más o menos explícita, pero converso al que el Señor ha robado el corazón y no habla sino para decir «Jesús es el Señor». Esa conversión no será fruto de un proceso intelectual, sino de un encuentro personal, afectivo, con Jesucristo. Siempre ha habido conversos que han visto profundamente alterada su afectividad, pero me da la impresión –subjetiva, por supuesto– de que el Señor ha facilitado la entrada en una era muy marcada por sentimientos y emociones que se traducirá en la Iglesia en este tipo de conversión como algo normal. Esto está relacionado con el final del régimen de cristiandad que, desde hace ya décadas, estamos viviendo. Es como un nuevo comienzo del cristianismo, un renacer de sus cenizas después de veinte siglos de evangelización muy unida a la formación catequética y al asentamiento estructural. El corazón ya nacía convertido, era un «corazón social» cristiano. La nueva evangelización presupone un nuevo evangelizador. Sin nuevo evangelizador no habrá nueva evangelización. Y el nuevo evangelizador no nacerá de la formación académica ni de la educación seminarística, aunque ambas son absolutamente imprescindibles. Nacerá del encuentro que cambia el corazón; luego vendrá lo demás.

El problema es cómo purificar y discernir estas ambiguas vocaciones «afectivas». Quizá sea preciso evitar dos extremos. Por un lado, los «curas viejos» deberíamos renunciar a nuestros prejuicios y menosprecios. Nosotros hemos pasado y la misión que nos queda es abrir camino a la nueva

oleada del Espíritu. Aunque sin olvidar que el secularismo ha pasado, pero el amor al mundo, a los valores humanos, a la justicia y a la igualdad no debe pasar. A la inversa, conviene también estar convencidos y convencer a los candidatos de la necesidad de discernir y de purificar su vocación de elementos secundarios que la pueden deteriorar. Eso será posible si quien dirige el discernimiento ha pasado por esa entrega del corazón. La devoción, decíamos, no puede sustituir a la fe, la peregrinación no tiene el valor de la eucaristía, el rito sacramental ha de ser digno y eclesial, pero el rito no lo es todo. Hay que evitar que la conversión encierre al sacerdote en un grupo espiritual que le desligue afectivamente de su presbiterio y de su iglesia particular. Tiene que aceptar afectivamente que no es sacerdote a secas, sino «sacerdote-presbítero». A pesar de sus deficiencias, la generación posconciliar trajo consigo una entrega en muchas ocasiones verdaderamente heroica. Ojalá hoy descubra que su último servicio podría ser abrir el camino a ese «nuevo» sacerdocio.

Los seminarios actuales, orientados por documentos pontificios o de la Congregación, ya abren una nueva etapa. Puede jugar mucho en este camino la orientación del año propedéutico. En Ciudad Real fue introducido durante el curso 1990-1991, veinticinco años antes del documento romano que lo extendía a todos los seminarios obligatoriamente y veintiocho con relación a la introducción obligada en los seminarios españoles mediante documento de la CEE. En los primeros momentos pretendíamos alcanzar varios objetivos, a saber: no centrar la raíz de la formación en el estudio ni en las actividades, sino en la oración, en el discernimiento vocacional y en el autoconocimiento mediante el ejercicio diario de autobiografía escrita y comentada, así como mediante el informe psicológico abierto al formador. También en la creación de un lenguaje capaz de expresión y comprensión mediante la lectura de abundantes obras literarias. Ahora, recordando ese camino, pienso que puede ser también un momento para aceptar en acción de gracias la virilidad para aprender el camino de maduración en ella, para comprender afectivamente el significado de la mujer para un varón que será célibe, etc. En una virilidad auténtica, el trabajo físico y humilde es también un factor importante. En aquel curso que entonces llamamos Fundamentación, los alumnos hacían las campañas agrícolas de la aceituna (enero) y de la vendimia (septiembre) como simples jornaleros. Gracias a ello, además de ganarse el costo de la peregrinación a Tierra Santa (que también entraba en el curso), convivían con los trabajadores y trabajadoras de los pueblos a los que iban. Salían de la clase estudiantil, aunque durante un tiempo nada más.

¿Sería un acierto poner como una de las finalidades primeras del curso propedéutico el discernimiento y la maduración afectiva-sexual o, al menos, su inicio serio y eficaz? Creo que no basta un cursillo y creo que esa posibilidad del cura converso en su afectividad profunda tendría ahí un lugar privilegiado, un camino de discernimiento y de purificación.

¿A dónde conducirá todo esto? La gracia nos precede y nos sigue, pero Dios nos pide colaboración. Él no hace nada por el hombre sin el hombre. Valdría la pena repensarlo en clima de oración, pidiendo, con intercesión de su criatura predilecta, María, la venida del Espíritu Santo.